

Ángel Landa Reyes

Entre el mar y el destino

Entre el mar y el destino

Créditos.

Autor: Ángel Landa Reyes.

©2020 Ángel Landa Reyes Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse en un sistema de información o transmitirse, de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo, sin el permiso previo del propietario de los derechos de autor de este libro.

Ésta es una obra de ficción. Los personajes, corporaciones, sucesos y acontecimientos retratados en esta novela son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Algunos personajes fueron reales o existieron pero son usados en una historia ficticia con total respeto y dignidad.

Ángel Landa Reyes

A mis padres.

Entre el mar y el destino

Sabemos que detrás de cada rostro, hay un alma huérfana necesitada de afección, otras... de idolatría. Incluso que esa alma viva rodeada del amor y del perdón sincero, no reconoce su equivocación frente a los demás, a la postre, advirtiendo su prematura muerte.

El año de 1875, en Toulouse, Francia; vivían una familia de siete hermanos, su madre, una diseñadora de modas muy conocida entre los hogares y habitantes de aquella ciudad, reconocida por sus finos bordados, sabían su nombre lejos de Toulouse; la conocían en Bordeaux, Strasbourg, Marseille, incluso Paris, le llegaban pedidos de la nobleza real de Francia. Su nombre es Annette Lassarre. Su esposo, Antoine Roux era un cocinero. Noche a noche, madrugada a madrugada, y al sol poniente, Monsieur Antoine era arrastrado en deudas económicas, el alcohol era su más exquisito vicio dionisiaco, perjudicaba con crueldad a sus hijos quienes lo reflejaban como un monstruo salido de sus peores pesadillas. Madame Annette suplicaba en sus ruegos que su esposo dejara para siempre su vicio, excepto en los festejos y reuniones. Su adicción llegó a la punta del iceberg cuando le dejó una bofetada a uno de sus hijos.

—Madre, mira que ya es de noche, estoy demasiado cerca de ir a mi lecho a dormir, soñar que estoy a lado de esos dragones guerreros pidiendo esas aventuras y batallas con valentía, así como Juana de Arco, la Doncella de Orleans que siempre mantuvo la espada en alto sobre su pecho defendiendo nuestra patria, —él es

Entre el mar y el destino

Alexandre, el hijo más pequeño de Annette, quien dejaba de ser niño para convertirse en joven—, mas hay una cosa que me causa tristeza, y, temo que esta noche vaya a sufrir insomnio, un insomnio tan terrible, ¡bien me pueda nublar el entendimiento! No tener a mi padre, compañero de vida, durmiendo con nosotros como ha de ser en toda familia, no es bueno que el hombre de la casa no nos acompañe en las noches, mas prefiera beber con los amigos o incluso desconocidos.

—Hijo, tienes que dormir, ¿algo que me pueda enfadar más que no ver a tu padre en el hogar? Es no ver a mis hijos dormir cuando deberían, —le dio un abrazo a Alexandre y un beso en la frente—, ve a dormir, mañana tendrás que contarme cómo te fue en tus peleas que soñaste mientras dormías y habrás de decir a tu madre si salvaste a tu bella amante. Yo me encargaré de que tu padre pase más tiempo con nosotros, tu solo da tu oración a Dios, como he enseñado a ti y a tus hermanos; “Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llamad, y se os abrirá”.

—Con certeza es menester decirte que aún tu pequeño mozuelo no tiene amante para poder cantarle, si la voy a tener prefiero gozarla en sueños que, en vida propia, no pueda ser que Eros me vaya a flechar de la mujer equivocada. —Dijo Alexandre—. Rezo por tener a mi padre conmigo, porque deje el alcohol, porque seamos una familia unida de nuevo.

—Tus pensamientos son muy nobles, ¡una láurea para ponerla en tu cabeza, porque solo los ángeles pensarían igual que tú!

—Madre, te castigas mucho por ese hombre. —Dijo Alexandre—. ¿Lo amas?

Ángel Landa Reyes

—Ve y ahora mismo a dormir y, deja de hacer tantas preguntas. —Tomó a Alexandre de la mano y lo llevó al jardín del hogar—. Mira, el clima está muy fresco, aquellas flores cerca de la fuente de agua nunca habían estado tan abiertas.

—Madre, ¿lo amas?

—¡Lo amo! Lo recuerdo como el ayer en un atardecer. El venía montado a caballo y yo en un carruaje, nos cruzamos y casi chocamos, e inmediato me reconoció como la diseñadora de modas de Toulouse, me dejó encargados unos pedidos de telas para su madre, sin saber que sería el comienzo de una larga amistad. —Annette a pesar de que conocía el problema de su marido, le tenía un gran amor y admiración.

Libertad, podía ser mucho más de lo que deseaban tener, salir de Toulouse y sentir sus pies sobre suelos firmes lejos de Francia.

Una tarde del 23 de marzo de 1875, los siete hermanos se hallaban jugando fuera de su casa; con la llegada de la Revolución Industrial, la luz eléctrica, el gas y el transporte público le dieron un giro al mundo, con el invento de Richard Roberts en 1834 del telar y su famosa máquina de hilar, transformó y facilitó la vida de Annette, que ahora era mucho más eficaz y productiva. Al caer el anochecer todos muy alegres cenaban. Por las mañanas los mozuelos se iban con su padre a la escuela, mientras la madre atendía los pedidos que le llegaban por encargo. Monsieur Antoine era cocinero de buena reputación hasta los tobillos, y la mayor parte de su tiempo libre lo utilizaba para ayudar a su querida esposa; sin embargo, con sus problemas de adicción no era de un carácter nada fácil para su esposa quien un día casi le rebaja un dedo por la mitad, que era perdonado por ella

Entre el mar y el destino

siempre y cuando le cocinara los más deliciosos platillos como *aligot*, *quenelle*, *cassoulet*, *fondue de queso*, *ratatouille*, *coq au vin*, y más de sus especialidades que hipnotizaban a toda persona que pusiera un pie en su restaurante. Su restaurante con el paso de los años adquirió gran notoriedad.

En cierta ocasión Alexandre estaba puliendo en un jardín cerca de su casa un caballo de madera, cuando en un pestañear de ojos un perro terminó por arrebatárselo:

—Espera, ¡ese es mi caballo! No corras con él.

Fue demasiado tarde, el perro salió corriendo con su juguete a toda prisa, persiguió al perro en un intento de rescatar su juguete; entre gritos y alaridos no alcanzó al bestial animal, entonces cayó y tropezó sobre el gélido suelo. Se levantó y observó a todos los transeúntes caminando en varias direcciones, algunas personas saliendo de las tiendas, otras dirigiéndose a los mercados, cerca del lugar, no a muchos metros, había un mago de los que gustan y fascinan a la gente realizando un espectáculo en pleno público:

—Presten atención, ¡damas y caballeros! En unos segundos estarán por presenciar el mejor truco de todas sus vidas. No está de permitirse ir a sus casas a encender el fogón sin antes ver al inigualable “Mago de las capas azules”. —Curioso nombre que se daba a conocer frente a su preciada audiencia; en la calles y barrios se escuchaban los maullidos y ladridos de perros y gatos, de cuando en cuando, una gran multitud de gente corrió a la presencia del mago—. Un buen cristiano, sin un mozuelo del público no hay espectáculo, un adolescente no cobarde, alguien fuerte.

Ángel Landa Reyes

No había semejante que no levantara la mano y no quisiera participar cerca del mago, así que tomó decisión de elegir a uno entre todos los que a voces pedían ser elegidos. Uno caminó hacia el mago con mucho entusiasmo y prontitud. El truco no era muy sano; consistía en hacerlo desaparecer mientras le era arrojada una bala, y aparecerlo por otro extremo ileso, éste sería cubierto con una manta negra. Perfecto truco para dejar sorprendida y sin palabras a toda la audiencia. Nada mejor podían esperar, fue cuestión de tiempo, el joven cubierto por la lúgubre manta, los espectadores sin quitar un ojo de la escena.

—Miren a sus alrededores, el muchacho no puede escapar por ninguna parte. — Dijo uno de los espectadores—. ¡Más silencioso que un árbol!

—El joven continúa cubierto con la manta. —Decía otra persona.

—Solo observen y escuchen, ningún estruendoso sonido tiene que irrumpir a lo que ustedes han venido para poder satisfacerlos. —Dijo el Mago de las capas azules.

El truco había sido ensayado con días de antelación, músicos alrededor tocaban sus violines y flautas, el trino de los pájaros presente volvía más pasadero el espectáculo. De pronto, todos guardan silencio, la bala es arrojada directo a la manta, la multitud está sorprendida de lo que ve, de tanto en tanto el sonido de un grito rompe con el frío silencio, todos pueden escuchar a alguien gritando, y es necesario preguntarse si es él que fue cubierto con la manta hace unos minutos, es posible escuchar que el joven que grita es de la misma edad que el joven que subió a servir de voluntario al

Entre el mar y el destino

Mago de las capas azules, no es de creer, de momento a momento empiezan a preguntarse lo que está pasando:

—¿De verdad es un mago? —Preguntó una persona del público—. ¿El Mago de las capas azules? Dice mucho y hace menos que una hormiga, a mi juicio está ensuciando el oficio de mago, que es darnos a conocer una realidad que está fuera de nuestra sensatez, ser mago no es solo hacer magia frente al espectador, es ser maestro de vida y llegar al conocimiento de la verdad.

—Miren enfrente todos, —interrumpió una mujer—, hay un mozuelo, él es quien grita.

Todos se abrieron camino para ver a Alexandre, aunque el truco había salido bien, después de todo, no faltó quien llenara el escenario de pánico al primer segundo. La gente comenzó a comprender que se trataba de otro joven. No tardó en acercársele un hombre de la multitud:

—No tienes por qué espantarte, en esta ciudad no puede haber joven alguno gritando, ¿estás bien? Hace minutos nadie te vio por aquí, ahora mírate, ¿por qué gritas? ¿Dónde están tus padres? ¿Estás perdido? —Sin embargo, Alexandre no respondía, prefería ser reservado con la persona que tenía enfrente.

Alexandre era tímido, aun cuando la persona que se le acercó a hablarle fue amigable, se llevó las manos a la faz, sacudió de su rostro el fango que tenía, se alejó del hombre y con prontitud se dirigió a otro lugar. Cerca un perro captó su atención, era muy parecido al que tomó su caballo de madera, y comenzó a seguirlo; de verdad fue el perro con el que se encontró hace unas horas, una brisa de aire palpó su pálido rostro, se preguntó si era necesario seguirlo y así recuperar su juguete, también

Ángel Landa Reyes

varias preguntas pasaron por su mente: ¿quién será su dueño? ¿Tendrá el juguete? Lo siguió y con sorpresa lo llevó, a una calle, llamada Rue de la Pomme. Miró como el perro se metió en un edificio. Era muy tarde, por ese motivo Alexandre prefirió regresar a casa.

Al día siguiente despertó muy temprano, y regresó al edificio con su hermano Adrien; encontró y miró al perro de frente, esta vez se comportó como un manso animal de los que bien no ladran, mas con la benigna mirada lo dicen todo; observó que tenía puesto un collar, lo que significaba que tenía su dueño, eso llamó la atención de los dos. Alexandre no dudó en seguirlo, su hermano al principio se alarmó y lleno de terror trató de convencerlo de que estaba mal meterse en las propiedades ajenas como el persiano pasando a pie la Hélade.

—Pensarán que estamos aquí para hacer vilezas, ahora si tendremos serios problemas. —Dijo Adrien.

—¡Te asustas con facilidad! ¿No sabes que entre los hermanos existe un hilo que nos une a darnos apoyo y ser leales a nosotros mismos? —Le tomó del hombro Alexandre.

—Nuestros padres no dejarán que salgamos por un largo tiempo, pero me sobran palabras para decir que soy tu hermano y apoyaré tu decisión.

Caminaron hasta la entrada, donde se había metido el perro, observando que nadie los viera.

—Puedo ver mi caballo. —Dijo Alexandre.

—Está bien, será mejor que nos vayamos ahora mismo.

Entre el mar y el destino

—Esta vez seré yo quien entre, tu solo quédate vigilando la entrada que nadie venga.

En pocos minutos entró y todo se volvió una pesadilla, encontró en las paredes y sobre las baldosas de mármol animales disecados: alces, ciervos, cabras, tigres, conejos y algunos instrumentos de tortura medieval. ¡Alexandre amaba los animales! Excepto las ratas, les guardaba cierto recelo. ¿Quién era esta persona? Pudo sentir la sangre de sus venas recorrer todo su cuerpo, pasó a través de varios librereros. Alexandre era el tipo de persona que le gustaba enajenarse de libro en libro. Abrió uno de ellos, era un libro de poesía, con sus dedos sintió la textura de las páginas, y lo hojeó, olvidando que tenía a su hermano en la puerta esperándolo, leyó una de sus páginas, en pocos segundos el libro había subyugado su espíritu.

«Con todo mi especial amor a Madeleine, mi amada. —Leyó en la primera página escrito con bolígrafo—. Muerta en el sitio de Paris, 30 de septiembre de 1870.»

Entre las páginas encontró una fotografía pequeña a blanco y negro de quien parecía ser de Madeleine, la esposa o pareja del dueño del hogar, contempló por un tiempo la fotografía, la mujer se veía joven, con una boina blanca. Después la alejó y puso en un pequeño y elegante tocador con varios adornos para leer uno de los versos sueltos:

*Pude verte salir del mar
de las pálidas azucenas, y
entre ellas escucho una
voz clamar lejos, busco, y*

Ángel Landa Reyes

*no encuentro, sé que no
estarás conmigo, mas los
lazos de nuestras almas
permanecerán unidos sin
que nadie los pueda
separar y jamás romper.
A ti, flor de cristal, he de
volver a verte algún día,
no aquí, pero si talvez, en
el purgatorio, donde las
esperanzas jamás
mueren.*

Terminó de leer Alexandre y sintió como una mano rosaba la suya, su corazón se le aceleró, comenzó a latir más fuerte, levantó la vista con delicadeza, y, un señor, que parecía nonagenario, con una larga y blanca barba, vestido con una túnica café, lo mira como un león acechando a su presa.

—¿Es su esposa? —Pregunta Alexandre con un aire de nerviosismo, después mira por unos segundos los animales disecados, su corazón late cada vez más rápido, y vuelve la vista al señor.

—Es la mujer que he amado con toda mi alma. — Respondió el señor.

—¿Aún la extraña? —Inquirió Alexandre.

Entre el mar y el destino

—La extraño. —Dijo mientras tomaba la fotografía y el libro de poesía y lo guardaba en una caja.

—Murió por la guerra, ¿cierto?

—Las guerras son feas, no dejan nada bueno al mundo, más que el puro caos.

—Cuando no hay guerras ¿qué hacemos?

—Solo nos preparamos, nos hacemos más fuertes en armamento, para después, volvernos a destruir.

—¿No le molesta que esté aquí? ¿Usted quién es? Se ve muy grande.

—No, no me molesta, ¿grande? ¿Mayor te refieres? No soy mayor a setenta años, solo que después que perdí a mi esposa, me he descuidado.

—La amaba, ¿cierto?

—Sí, mucho.

Alexandre volvió a tomar de nuevo la fotografía, la contempló por unos segundos, después volvió la mirada al extraño que tenía enfrente de él que con su presencia se hacía notar con un temperamento muy tenso.

—Deja la foto a un lado muchacho, —Le dijo el señor—, dime que piensas, te noto muy nervioso.

—¿Cómo lo ve?

—Miro como tiembla tu mano con la fotografía.

—Pienso en mis padres.

—¿Qué piensas?

—Muchas cosas. —La respiración de Alexandre se aceleró—. Pienso en mis padres, mi padre es alcohólico,

Ángel Landa Reyes

espero ver a mi madre enamorada de él como desde el día que juró amarlo por siempre frente al altar. De cuando no, de cuando si estará cumpliendo su voto de amor.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Alexandre...

—¡Alexandre! Lo dices como una endeble persona, y la vida es frenética, debes demostrarme que estás firme ante la vida

—¡Estoy firme ante la vida!

—No lo estás...

—¿Qué puede usted decirme de la vida?

—Alexandre sabía que estaba diciendo preguntas muy directas, pero tampoco le gustaba que le reprendieran, tenía cierto orgullo.

—Muchas cosas jovencito — Respondió—. Ven ahora mismo conmigo.

Alexandre se quedó como una estatua por unos segundos, la verdad no sabía a dónde lo quería llevar, por qué, y, quién era la persona, volvió a mirar con recelo los animales disecados en la pared, y, sintió un intenso frío en su espalda.

—¡Vamos! ¿Qué esperas? No querrás ver a tu hermano angustiado que espera junto a la puerta de la entrada, o, ¿sí?

—Ya lo vio, ¿verdad? Disculpe si no le mencioné de él antes, lo invitaré a pasar, creo que es lo más correcto.

Entre el mar y el destino

—No es necesario, no tardaremos mucho.

—Esos animales disecados que exhibe en su sala, usted los mató ¿cierto? ¿Es una mala persona? ¿A dónde es que me lleva?

—No me gusta hablar mucho de mis regalos, no practico la caza con mucha frecuencia, cada uno me los dieron de intercambio en un banquete, el 14 de Julio, fiesta de la Bastilla.

—¿Animales disecados?

—De acuerdo, preguntaste a donde te llevo, ven ahora mismo conmigo. — Supo Alexandre que intentó evadir su pregunta, le pareció algo extraño, mas lo siguió quitando de su mente a su hermano que lo esperaba en la entrada.

Entraron a una habitación, que albergaba muchos libros, que, sin saber su propósito, le surgía un mar de curiosidad a Alexandre saber de qué trataba cada uno. Observó a otro lado, una pared diferente y descubrió que había numerosas medallas colgadas, exhibidas como trofeo y muestra de estatus social. No pudo evitar sentir una profunda curiosidad y asombro profundo a la persona que tenía de frente, empezó a crecer a la vez un respeto que pareció complicado de describir para él en un principio; a los lados, abundaban numerosos tocadores, sobre ellos varias cartas dirigidas a la persona, colgado en la pared encontró un título un poco polvoriento, se acercó lentamente, descuidando al amo de la casa.

“Louis Philippe d’Orleans, Copríncipe de Andorra, le otorga el notable título de Vicealmirante del Escuadra a Orson Flament de Orleans, 3 de marzo de 1815”

Ángel Landa Reyes

—Usted es Vicealmirante del Escuadra, ha formado parte de la marina de Francia. ¿Por qué y desde cuando vive aquí?

—Formé mi hogar y mi familia en Étretat en Normandía.

—¿Sus hijos?...

—La flor de la vida los ha visto crecer y han formado su familia, su vivienda en Inglaterra, un lugar seguro, que, si bien no está lejos de las batallas, les sirvió como cobijo de la guerra Franco prusiana.

—Orson Flament de Orleans, curioso nombre, no ha pensado que podría tener algún parentesco con Louis Philippe d'Orleans, su familia estaría ligada a la Casa real.

—Es curioso, —dijo—, siempre miro una foto de él, y he jurado que podría estar más cerca de él que nunca. Siento que sería un gran hermano, pero no lo es, no es nadie de mí.

—Vicealmirante, ¡que nuevas me trae! ¿Por qué me ha llevado a esta lúgubre habitación?

—Esto es para ti. —Le entregó en sus manos varios mapas en un largo tubo de plástico.

—¿Por qué yo?

—¡Shh! Llévalos contigo y cuida de ellos.

—Lo dice como un hombre de mucha experiencia.

—Ya estoy grande, pero no tanto para dejar de hacer varias cosas a las que yo amo, tú los usarás mejor.

—¿Es enserio? ¿Cómo los obtuvo?

Entre el mar y el destino

—En uno de mis viajes por el mar Báltico.

—Muchas gracias.

Los llevó consigo Alexandre, se despidió de Orson sin olvidar aquel grato detalle. Salió hacia la puerta a donde esperaba Adrien.

Llegando a su casa, no hizo caso a las palabras de su padre quien a pesar de estar preocupado de él y de su hermano, parecía de coraje. Subió a su habitación y guardó el tubo en su clóset con los mapas dentro y siempre cuidó de él hasta el día que...

—¿Londres?! ¿Vamos a vivir en Londres?

Alexandre no podía creerse la inesperada noticia, era el 5 de Abril de 1875, un lunes, cuando a madame Annette le llegaron pedidos desde Londres, Inglaterra, supo que era el momento indicado de partir, ese día decidió que mudarse de país era la mejor opción, empacaron sus cosas. Alexandre tomó el obsequio de Orson Flament de Orleans, tenía un gran recuerdo en sus manos, que no menospreciaba, y anhelaba convertirse en un joven admirado como la persona que conoció en la calle Rue de la Pomme. A la mañana siguiente tomaron la estación de tren Gare Saint-Lazare que recorrió las vías hasta llegar finalmente al puerto de Marsella. El sol dominaba en todo el lugar, cualquier lugar que voltearas a ver una multitud de gente te encontrabas que con probabilidad te perderías, todos ocupados con sus actividades diurnas, diversas embarcaciones llegaban arribando al puerto, una de ellas, llamaba en especial la atención, no solo por su gran tamaño, si no por su increíble belleza, en el costado de babor, un título con grandes letras que al leerlas...

Ángel Landa Reyes

—¿HMS Marylin? Madre el título que estoy leyendo ¿es el nombre del buque? —Volteó Alexandre a ver a su madre esperando su respuesta.

—Es el nombre del buque, mi amor. ¿Por qué la pregunta corazón?

—Nunca había visto un barco con nombre de tal elegancia.

Abordaron el buque, Alexandre podía escuchar una conversación de mercaderes, acerca de sus ventas, viajaron por varias partes del mundo. Aquella lóbrega noche, reflejaba la luna llena en sinfonía con las aguas cristalinas del océano, todos contemplaban el mar y conversaban con jovialidad, esa tranquila noche, todos cenaron en el restaurante del barco.

2

Fiesta de pascua.

Días antes, el 28 de marzo de 1875, día conocido como el domingo de Resurrección, como es siempre costumbre, se celebró la fiesta de Pascua en Francia. Los padres esconden huevos de chocolate pintados en los jardines, para que ese día los niños salgan en busca de ellos. Ernest Courtot de Cisse, el Primer Ministro de Francia, con el permiso de Patrice de Mac Mahon, presidente de Francia, le fue autorizado realizar un gran banquete, al que fueron invitados famosas e importantes celebridades y personas que se hicieron ganar famosa reputación, entre ellos Annette, y el señor Adley, uno de los hombres más acaudalados de Inglaterra. Fue el Palacio de Versalles donde se organizó la fiesta. Para

Entre el mar y el destino

Annette significaba mucho ser invitada, eso la hizo conocida por las voces no solo entre sus vecinos, sino también en varias ciudades, se relacionaría con importantes celebridades y extendería su reputación.

Fuera del Palacio de Versalles, en los enormes jardines había una mesa larga principal donde los invitados podían gustar de todas las clases de frutas. Cerca de la mesa principal se encontraba Annette, su esposo e hijos, en ese momento se acerca una mujer con un elegante vestido de rojo y peplo negro, que sabía hacerla resaltar de las demás mujeres, asimismo mostraba un voluptuoso escote que podía robar la mirada de más de una persona, acompañada de varios hombres vestidos de gala, en la mano llevaba un abanico de tela con la imagen grabada de la pintura de Eugène Delacroix: “*La Libertad guiando al pueblo*”, que ella misma empleaba para darse aire en el rostro. Uno de los hombres se le acerca a Annette cuando estaba mordiendo una manzana.

—*Salut madame*, permítame hacer el honor de presentarle a Élisabeth Charlotte Sophie de La Croix de Castries, esposa de nuestro presidente, quien ahora mismo se encuentra discutiendo asuntos de nuestra política, no le debe de importunar. Hasta en las fiestas es afanado—Se dirigió la persona a Annette.

—El placer es mío su alteza real. —Le besó el anillo a Élisabeth.

—Son dos nuevos diseños los que usted ha creado los que me han encantado. —Dijo la primera dama—. *Comme c’est ingénieux!*

Ángel Landa Reyes

—*Merci beaucoup.* —Respondió Annette—. Me inspiré en los diseños que vistió María Luisa de Austria, consorte de Napoleón I.

—No estamos a más de un siglo por cumplirse desde que ocurrió la Revolución Francesa. —Dijo Élisabeth—. Tiene que venir conmigo, le quiero dejar un obsequio.

Élisabeth Charlotte guió a Annette con su esposo e hijos a través del Palacio de Versalles, era encantador y a la vez más caliente que los húmedos jardines del Palacio, el ambiente era muy agradable, cuando entraron pudieron escuchar la ópera “*Les pêcheurs de perles*” del compositor francés Georges Bizet. Enseguida llegó otro hombre elegante muy apresurado a saludar a Élisabeth Charlotte.

—*Excusez-moi, madame.* —Dijo el señor—. Llego tarde, muy tarde, vengo del *Théâtre Lyrique*, se alargó la ópera porque uno de los cantantes líricos no podía llegar, no podía llegar.

—Te miras demasiado sofocado. —Dijo Élisabeth—. Sostén mi abanico mientras busco una llave.

Acto continuo sacó de su bolsillo una llave dorada, abrió una gran puerta de madera y entraron por un enorme pasillo, en las paredes estaban colgadas varias pinturas al óleo horizontales y verticales, la primera persona en llamarle la atención fue Alexandre, quien se quedó por un largo tiempo mirando a una de ellas. Annette se dio cuenta que su hijo no retiraba la mirada.

—Hijo, hermoso. —Dijo Annette—. ¿Qué te llama la atención de esa pintura?

Entre el mar y el destino

—Son demasiados soldados madre y, mucha sangre. —Respondió Alexandre que no desviaba la mirada.

—Mi hijo quiere saber lo que representan esas pinturas. —Preguntó Annette a Élisabeth Charlotte.

—Son soldados franceses luchando con soldados prusianos, representa la guerra entre Francia y Prusia. —Respondió Élisabeth—. Las otras pinturas representan la Revolución Francesa. André, ya me puedes pasar mi abanico, gracias por sostenerlo.

—*De rien, madame.* —Contestó André.

—Conocí a un Vicealmirante del Escuadra. —Dijo Alexandre.

—La imagen que puede ver en mi abanico es la misma pintura que está colgada en esta pared. —Dijo Élisabeth.

—Mmm, "*La Libertad guiando al pueblo*" de Eugène Delacroix. —Respondió Annette.

—André es todo un coleccionista del arte barroco. —Dijo Élisabeth.

Siguieron caminando, entraron a una habitación y, de una cómoda sacó un reloj de bolsillo.

—Este reloj ha estado en mi familia por varias generaciones, se la regalo como un obsequio. —Le entregó en sus manos a Annette el reloj de bolsillo que lo aceptó de buen gusto—. Cuídelo como un tesoro.

—*Merci, ç'est un jolie cadeau.* —Dijo Annette, después Élisabeth Charlotte le dirigió una sonrisa a ella y a Alexandre que se encontraba a un lado de su madre.

Ángel Landa Reyes

Alexandre observó de abajo arriba a Élisabeth y notó que tenía una preciosa caja en la mano.

—La caja, ¿la caja qué es? —Inquirió Alexandre.

—¡Oh sí! Esta caja tiene adentro un metal de plata traído desde Suecia, de la mina de Garpenberg. —Lo abrió Élisabeth—. André me lo pidió, me ha estado diciendo que hará un experimento con el metal. Antes creía que los alquimistas habían quedado en el pasado.

—Y le agradezco mucho haberlo traído, madame Élisabeth. —Dijo André—. *Merci beaucoup*.

—Ha sido un placer. —Contestó Élisabeth.

—Lamento ver lo entrometido que fue mi hijo. —Dijo Annette sintiéndose avergonzada.

—Los jóvenes, ¡son siempre tan curiosos! —Dijo Élisabeth, después le entregó la caja con la pieza de plata dentro a André, luego la guardó en una cómoda con llave.

—Esa pieza de plata debió ser demasiado cara. —Dijo Annette.

—¡Por supuesto que lo es! —Respondió Élisabeth—. No es muy común encontrar esas piezas de metal, ¡sobre todo en Francia!

—Nuestra economía está atravesando algunos problemas. —Dijo André—. La guerra franco-prusiana nos dejó fuertes estragos.

Annette continuó la charla con Élisabeth y André, y, Alexandre escuchó con atención todo lo que decían.

El lago.

Mientras, en Inglaterra, cerca de los jardines botánicos de Birmingham, en Lightwoods Park, cerca vivía con su madre adoptiva Aurore, Elayne. En su casa, siempre, antes de dormir, se encontraba semidesnuda escribiendo su diario, como era habitual que lo hiciera. Por la avenida Hamilton, en una casa pintada de rojo vivía Derek Cooper, un joven con quien Elayne se conoció de sorpresa, en primavera, con el tiempo, iban cayendo las hojas de los árboles, al poco tiempo, se hicieron novios. Tenían problemas, muchas veces peleaban, pues, Elayne pensaba que no la comprendía por el hecho que no conoció a sus padres en persona, la cual, le dejó un gran resentimiento con la vida y un hueco en el corazón, que solo podía ser llenado por el amor de Derek Cooper, quien trataba de comprenderla y convertir sus explosivas peleas en fugaces segundos observando el color verde esmeralda de sus ojos y sintiendo la textura de sus labios con sus labios de sol a sol. Su lugar preferido para perderse en el tiempo era el lago Edgbaston Reservoir, que para ellos llegó a significar mucho, como un lugar romántico donde podían pescar juntos, aparte el lago fue testigo de su primer beso. Si estaban aburridos la cual parecía verse no permitido por una extraña clase de fuerza sobrehumana, siempre contaban con Randolph Morgan, un viejo amigo de Derek, quien conoció en el lago y vivía cerca de éste. Fue Randolph Morgan quien le enseñó por primera vez a Elayne a pescar. Era una tarde soleada del 25 de mayo de 1873; Elayne quedó de verse con su amor Derek Cooper quien le prometió enseñarle a nadar, por fin probar las aguas cristalinas del

Ángel Landa Reyes

lago, llegó demasiado temprano Elayne, se podían ver, grandes bandadas de aves volando cerca del lago, el mejor lugar para cazar, no podía existir otro, el lago estaba casi con totalidad lleno de toda clase de peces. Elayne llegó y saludó a Randolph:

—Enséñame a pescar. —Tomó la caña de pescar Elayne y en el anzuelo le colocó una lombriz.

—De acuerdo, es muy fácil. —Bajó de las escaleras viejas de madera de una casa a la orilla del lago, tomando su propia caña de pescar, que le había regañado su tío, un señor de avanzada edad quien tenía una extraña obsesión de leer libros acerca de las batallas antiguas griegas y romanas, aquellas históricas guerras entre los césares de Roma, y arcontes de Grecia, que más tarde fueron inmortalizadas por los poetas durante siglos. Con el tío de Randolph podían entretenerse por horas y horas, escuchando sus historias.

En el lago, capturaron y comieron salmón, más tarde Elayne fue a la orilla y de lejos vio venir a Derek, Elayne corrió hacia él, se besaron y fueron donde Randolph seguía pescando. Derek saludó a Randolph:

—Es muy raro no ver a tu tío cerca de este lago con otra de sus historias de héroes. —Le dio un abrazo a Randolph.

—Él sí sabe cómo entretenernos y más aún tu novia, que al ver que no llegabas corrió a mí a que le enseñase cómo pescar. —Tomó los salmones que estaban en la red y los colocó en un recipiente.

—Ahora si no tendrá excusas para comer. —Dijo Cooper.

Entre el mar y el destino

—Si la quieres hacer muy feliz, dedícale, ofrécele y dale poesía, a todas las mujeres les encanta. —Le susurró a la oreja Randolph.

—Gracias por tu consejo, lo tomaré en cuenta. —Dijo Cooper, y se dirigió hacía Elayne, quien estaba recolectando unas rosas cerca del lago, ella caminó a Cooper, lo abrazó y le entregó las rosas, muy alegre, con un aire que irradiaba ser la mujer más afortunada del mundo. La tomó de las manos, se quitó la ropa y ella también se quitó la ropa quedando casi desnuda. Cooper, dejó su ropa colgando de un árbol y la de ella de un arbusto, y se metió al agua, que, en contraste con el cálido clima, era muy helada, perfecta el agua como para un tiempo de mucho calor.

—Vamos, ¿no te vas a meter? —Dijo en un tono bromista Cooper.

—Sí, pienso meterme, pero... ¿qué tan profundo está? —Se acercó a la orilla y con el dedo de su pie tocó el agua.

—No está tan profunda, en este lugar parado me llega al cuello, ¿o es que...? —Dijo Cooper.

—¿Qué es lo que me quieres decir? —Metió sus pies al agua Elayne.

—¿Miedo? ¿Es qué te da miedo? —Comenzó a reír Cooper mientras nadaba.

—No tengo miedo, y en realidad no debería estar aquí, podría estar ayudando a mi mamá con los caballos y el ganado. —Dijo molesta Elayne.

—El agua no está tan profunda, ven a mí, yo te sujeto y no te soltaré, lo prometo. —Nadó a la orilla

Ángel Landa Reyes

Cooper, para tomar a Elayne de sus brazos y poco a poco la fue metiendo, hasta que el agua cubrió poco a poco sus pies, los tobillos, las rodillas, le cubrió la cintura hasta que al final le llegó al cuello. Elayne sujetó con fuerza los brazos de Cooper, nunca pensó que con él se podía ahogar entre las aguas, Cooper sabía muy bien nadar, así que no sentía miedo, los pies de Elayne tocaron los de Cooper, sintió como si hubiera visto fuegos artificiales, segundo a segundo se fue acercando a Cooper, rozando su piel con la de él, lo abrazó y lo besó por varios minutos, él puso sus manos en su espalda mientras le acariciaba su rubio y lacio pelo que le cubría la espalda.

—¿Te sientes segura? —Le susurró Derek en su oído.

—Me siento segura. —Lo volvió a besar Elayne.

—¿Te sientes segura? —La miró a los ojos Derek sin apartar la mirada.

—Me siento segura a tu lado. —Elayne lo besó. Derek Cooper podía sentir sus senos tocándolo.

—Caminemos, puedes meter la cabeza, yo te llevo de la mano por lo que nada te pasará. —Derek metió la cabeza, Elayne se animó, sabía en realidad que nada le pasaría estando con Derek, y con sigilo la metió, entre las aguas, Elayne seguía a Derek quien nunca la soltaba, las aguas de cerca lucían de un color verde, y en ellas había muchas algas marinas, bacalaos a los lados, abundaba la merluza europea, la dorada, pudo observar a los caballitos de mar. Elayne jugó con Derek en el agua haciendo círculos y mojándole el rostro. Después de un tiempo salieron del agua, Derek le mostró varias piedras del lago que había tomado forma por el lago, se secaron,

Entre el mar y el destino

Elayne escurrió su largo y lacio pelo rubio, y se puso su ropa. Parecía tan romántica la ocasión, con alegre temple todos se acercaron al centro y encendieron una fogata, misma que les sirvió para calentar y cocinar algunos mariscos que pescaron Elayne y Randolph cuando se hizo ausente Derek; reían, bromeaban, todas las ofensas habían sido olvidadas. A lo lejos se podía observar la dehesa, y, cómo las ovejas y vacas pastaban alegres, mientras los pastores los vigilaban. Se acercó su tío de Randolph a la fogata, y, como era de esperar tenía una nueva historia para contar y alegrar la tarde, aunque fuera de baja ralea emulando siempre a los autores que admiraba.

Derek fue a dejar a Elayne a su casa, cuando él llegó a su casa, se puso a pensar con seriedad en lo que le había dicho su amigo Randolph acerca de recitarle poesía. Subió a su cuarto, se acercó a un viejo escritorio de madera, tomó papel blanco, y un bolígrafo, se asomó a la ventana, y viendo el claro de la luna llena en un cielo nocturno despejado, se inspiró y comenzó a escribir las primeras letras que fluyeron como gotas miel de un panal. La noche fue larga y llena de sueños para Derek.

Derek quedó de verse con Elayne, el miércoles en la mañana en el Garden House, un restaurante donde podían gustar todos los platillos ingleses. En su mano tenía un montón de hojas con poesía dedicada para ella.

Ese día no era la mejor mañana para Elayne, era un día normal para Derek, pero no lo fue para Elayne. Elayne estaría por viajar a Francia, por lo que muchos días no vería a Derek Cooper. Fue muy difícil para ella explicárselo a su novio, pero al final entendió y le alegró que Elayne podría viajar, le entregó varias cartas, algunas tenían poesía escrita para ella. Elayne no

Ángel Landa Reyes

aguantó las lágrimas, se llevó las manos al rostro, Derek la abrazó y le dejó en claro que se volverían a ver, Elayne le prometió a Derek que le escribiría cada dos días al anochecer, queriendo decirle, que no lo olvidaría. Elayne tomó las cartas de Derek y las guardó en un lugar donde solo ella las podía leer y nadie más.

Elayne con su mamá, Aurore, llegó al puerto de Poole, al sur de Inglaterra que se dirigía rumbo al puerto de Cherbourg, Francia. Elayne se sentía por primera vez extraña estando sin Derek, tomó una de las cartas que había escrito Derek Cooper, la abrió y la comenzó a leer con feliz temple.

27 de mayo de 1873

Mi amada Elayne.

Es de noche, desde la ventana puedo ver las estrellas, aún recuerdo cuando ambos estuvimos nadando en el lago Edgbaston Reservoir, no quería meterte al agua fría porque no sabías nadar, yo te prometí enseñarte nadar y aquel día, fue tu primera lección, espero volver a enseñarte pronto, sé muy bien que mientras estos días recuerde los momentos que pasé a lado tuyo, tu estarás disfrutando tu viaje en Francia, nunca he estado en Francia, pero visité con mi familia Alemania y España. En España estuve en la ciudad de Valladolid, había una mujer muy parecida a ti en la iglesia de San Pablo.

Tengo que confesarte que las noches son muy largas para mi estando sin ti, veo las estrellas, las constelaciones, y me acuerdo de ti, sé que tú también estás mirando las mismas estrellas que yo miro, si te sientes en confusión, puedes mirarlas, y saber que aquí, en Birmingham, vive Derek Cooper; cuando estoy por mi

Entre el mar y el destino

casa, enciendo un candil, y miro el pasillo de mi casa, el pasillo donde nos besamos y reímos, de tanto en tanto, cuando digo que tengo a una hermosa mujer y no me canso de decirlo, porque sé que no miento, el mentir es de mucha alevosía, lo cual repudio porque de igual forma sé que no soy una endeble persona. Si tuvimos discusiones, todas las ofensas e insultos que te acometí, pido disculpas, porque el ser alevoso y endeble no es de mí ser. Hoy en la mañana me quedé en la casa a cuidar a mi hermano, mi madre fue al jardín a cortar rosas para venderlas.

El amor, con la corta extensión de la palabra, puede describir todo lo que es mío de ti, lo que son mis sentimientos hacia ti, aún sin rechazar mis sentimientos, siento una electrocución en el palpitar de mi corazón que todo lo arranca y lo envuelve entre sus venas cuando te veo y una parte de ti muere si no puedo tenerte a mi lado. Corto un cardo mariano y no puedo notar la diferencia entre aquella flor y tú, en verdad, la palabra belleza se ha de quedar corta y no soy nada miedoso para decírtelo de frente. Sé, que el tiempo no lo puedo detener, porque sigue su curso como el agua cristalina en un río, cuando estés leyendo esto Elayne, detente y cierra los ojos por un momento, e imagina que estamos en el canal de Birmingham, solos y algunos cuantos pájaros, volando cerca de nosotros, después de un instante cortante y agotante, comienzas a sentir el aire fluir cerca de tu suave rostro y melena, tu pálida piel; los dos abrazados sin que nadie nos interrumpa, porque solo existe el silencio largo que ninguna libra esterlina puede comprar... Desde la primera vez que te vi son muchos los años que han pasado. Mi conciencia no me permite ir muy lejos, antes de ir a mi lecho a dormir y soñar si existiese la reencarnación, aunque alguna

Ángel Landa Reyes

noche te confesé de oreja a oreja mi catolicismo, naceríamos como hermanos después de nuestra valerosa muerte e hijos de su majestad Victoria del Reino Unido, siendo sucesores de los Hannover; por petición de ella, me armaría caballero siendo nombrado por su majestad Victoria del Reino Unido y como lo fue el gran Aquiles en sus muchas enfrentamientos, ayudado o no, por sus dioses, recordando la batalla que tuvo contra Héctor, el príncipe Troyano, cuya muerte fue llorada por el rey Príamo, la reina Hécuba y sus hermanos Paris y Casandra. Sus cuerpos murieron, se hicieron cenizas y mezcladas con el fango, peros sus nombres serás cantados por los poetas y musas. Así, también viajaré a la India a encontrar los combates y que no borre el viento mi nombre de la arena, extenderé el Raj británico a sus alrededores, de colonia en colonia. Regresaré al Reino Unido victorioso y tan ambicioso, después de varios años desairados veré tu pálido rostro, lo acariciaré, sentiré la textura de tu pelo, siempre tan lacio, Elayne, no tendrás ninguna palabra que decir y que termine con el incómodo silencio que tanto nos vuelve frenéticos, saldrán gotas de lágrimas de tus ojos, las limpiaré y secaré, te llevaré fuera del Castillo de Osborne, al claustro y donde puede verse una gran fuente rodeada de un inmenso jardín, me hincaré al húmedo suelo, y de rodillas te pediré matrimonio, para gobernar juntos, después de un largo romance, podremos dar inicio a nuestro tan esperado obstinado gobierno. También podría ser el caso de nacer como aves, nuestro sueño de volar se vería al fin cumplido. Migraríamos entonces al sur en busca de mejor alimento. Pero cuidado, porque los cazadores abundan en muchas partes del mundo, están en todos lados y a la vez no los ves en ninguna parte. Hace varios meses atrás, Randolph y yo pudimos atrapar una perdiz roja,

Entre el mar y el destino

después de contemplarla por un tiempo, la regresamos al agua, Randolph se arrepintió y trató de convencerme que fue un aspaviento, porque su hambre era tal que pudo comerse una gran torta de manzana esa misma noche. Pero como dice el refrán: al que no quiere caldo se le dan dos tazas y no hay mal que por bien no venga. Me siento muy en paz y tan buen católico de haber dado el mayor regalo de la vida que es tan brillante a aquella perdiz roja que tenía los ojos más rojos que yo al despertarme por las mañanas y ver la luz del sol. Sin más miramientos, tu siempre alma gemela:

Derek Cooper.

Apenas Elayne, terminó de leer la carta cuando la puso sobre su frente:

—¿Por qué fui una persona bastante endeble? — Musitó—. La distancia que nos separa es mucha, ¿estará viendo a otra mujer? Estoy mal, ¡mi confianza está de mí para él!

Minutos después, a la luz del crepúsculo acariciando las suaves mejillas rojizas de Elayne, llegó al puerto de Cherbourg, Francia. Elayne solo podía caminar y contemplar las arenas del puerto.

4

Dahlias.

Al sur de Inglaterra, una ciudad llamada Brighton, cerca de Victoria Gardens, en la calle Kingswood St, se encontraba viviendo con su familia en una residencia, una bella mujer, de piel blanca, pelo negro y lacio, llamada Dalila. Cuando nació Dalila, su madre, Taylor,

Ángel Landa Reyes

en el parto pudo observar por la ventana un jardín inmenso, llena de Dahlias, por eso decidió llamarla Dalila.

Adley, el padre de Dalila, era un importante y reconocido hombre de negocios, un hombre de firme palabra que la mayor parte de su tiempo tenía que hacer largos viajes por su trabajo, a otros países, a otros continentes, eso le preocupaba a Dalila porque nunca podía ver a su padre, las noches dormía preocupada pensando si su padre estaría bien. A Dalila no le gustaba mucho viajar con su padre, aun cuando la ocasión le permitía conocer variados lugares, atrayentes por su cultura y tradiciones.

Con el pasar de los años, Dalila fue creciendo sin una figura paterna, y aunque podía tener todos los lujos que anhelaba cualquier adolescente, en el fondo sentía un gran vacío que nadie le podía llenar. En su juventud, la ausencia de su padre la hizo muy rebelde, su relación con su madre no era muy buena, detrás de todo ello, Dalila se sentía una mujer muy desdichada, prefería pasar tiempo con su nodriza, Maraki, una mujer etíope, que conoció a Dalila desde que era un pequeño retoño, conocía con perfección a ella, sabía lo que le gustaba y lo que no le gustaba, que era lo que le causaba placer y lo que más le podría fastidiar.

En las noches, cuando Dalila estaba por dormir, por perderse en su profundo sueño, donde solo se le permitía estar ella misma, en su mundo, con la persona más importante que ella podía conocer: Dalila. Era la hora que más le fascinaba sobre las otras que le podía brindar el día y no era de extrañar, solo podía verse a ella misma, como un espejo, o su propio reflejo en el agua. Maraki gustaba cantarle al oído para que pudiera dormir mejor,

Entre el mar y el destino

después de cantarle, dormida Dalila, Maraki se esperaba a contemplar una vez más el rostro de ella, como una bella durmiente, la acariciaba, le acomodaba su pelo, pensando:

«Mi pequeña, mi pequeña, los días van pasando, hace algunos ayeres la recuerdo como una infanta, mírala hoy, aunque no lo quieras permitir, ella va creciendo, pronto abandonará el nido, conocerá a un muchacho, a ésta humilde sirvienta dejará de prestarle atención.»

Una mañana se levantó Dalila, y encontró a su madre bordando un vestido:

—¿Dónde estabas anoche? ¿Qué hacías? ¿Estabas pasando tiempo con tus amigos? ¿Por qué no me avisaste si saldrías? —Preguntó angustiada su madre—. Sabes que no me agrada que salgas en la noche cuando no cumples con tus deberes.

—¡Madre, anoche siempre estuve aquí —tiró la diadema que le había regalado su madre— y te devuelvo tu estúpida diadema que nunca debiste haberme regalado!

De segundo en segundo, salió corriendo llorando Dalila, su madre la quiso detener, pero se vio vencida por la velocidad y prontitud de su hija. Convencida de que no la detendría la dejó pensando verla después de su desahogo. Dalila salió corriendo bajando las escaleras, corrió por el gran jardín que rodeaba la mansión, corrió hasta que tropezó y comenzó a sangrar su rodilla, se limpió con una parte de su vestido, alzó la mirada y encontró de frente un teatro, le llamó la curiosidad y entró. El lugar se llamaba Sallis Benney Theatre. Estaba de entrada oscuro, no podía ver nada, comenzó a buscar

Ángel Landa Reyes

los apagadores de lado a lado, pero era difícil ver algo: «Me tengo que detener sino por el camino me he de perder». Pensó Dalila.

Regresó muy lento, su hombro rozó el apagador de la pared y se fueron prendiendo varias luces:

—¡Soy una tonta! Nunca debí haber entrado a lugares extraños. —Musitó Dalila con el corazón acelerado—. ¿Cómo podré salir de aquí?

Mas la oscuridad inundó aún más el pálido rostro de la joven, no tenía nada que perder por prestar más atención a sus alrededores, dio algunos pasos más adelante por un pasillo que la verdad lucía muy lujoso, parecía sacado como en un cuento de princesas, las paredes revestidas con una tela rojiza, las escaleras doradas, una voz en su interior no paraba de decirle una y otra vez: no te detengas, no te detengas, sigue adelante.

—¿Por qué siempre tengo que hacer caso aquellos demonios que acosan mi espíritu? —Se preguntó—. ¿Qué más hago? Estoy aquí, disfruta y diviértete.

Entró por una puerta y observó el escenario unos minutos sin saber qué hacer, caminó entre la platea, escuchando unas voces tras bambalinas, se detuvo Dalila, no sabía si salir o esperarse a ver lo que pasaba, se sentó y en repetidas ocasiones observó a los actores realizando prácticas previas a una obra de teatro llamada *Hamlet*, de William Shakespeare. Oh, amigo lector, pensarás que tiene que ver todo esto. Dalila era una joven con muy mal estado emocional, muy pocas veces podía ver a su padre porque la mayor parte de su tiempo importante era el trabajo que muy poco tenía que dedicarle a su hija, que era lo que más anhelaba en sus más profundos deseos que parecían morir para ella,

Entre el mar y el destino

peleando muchas veces con su madre. Ver y pisar un teatro para ella era una forma obstinada de desahogo. Se acercó poco a poco al proscenio, los actores y actrices con curioso temple la invitaron subir con ellos...

Dalila les mostró una gran sonrisa y no pudo negar haber subido:

—Mi nombre es Dalila, no piensen que he venido a ruinar su máspreciado arte que no puede ser más que música del edén en un crepúsculo para mis oídos, mis padres son aquellos que a oídos de voces de otras personas conocerán, Adley, mi padre, y, su amante, de las mujeres bienaventuradas de Inglaterra, Taylor. Vivo en Brighton, en la calle Kingswood St. —Dijo Dalila y al ver que nadie más hablaba, añadió— ¿Me pueden decir quiénes son ustedes para hacerme sentir más segura?

—Somos y no somos, sin nosotros el escenario no tiene vida. —Alzó los brazos uno de los actores—. Es difícil de decir, mejor deja que te lo explique con una canción.

Tomó una silla, se la acercó a Dalila para que pudiera sentarse y comenzó su canto:

Algunos días de una tarde cálida,
el último día que te sentí
sobre mi rostro, a tu amor desistí,
la blanca nieve me entregó a ti pálida.

Con mil explicaciones, siempre escéptico,
la razón por la que sería vándalo;